



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

“RECORRIDO HISTÓRICO DEL CONCEPTO DE CASTICISMO EN ESPAÑA: ESTADO DE LA CUESTIÓN”

AUTORÍA INMACULADA RUIZ RAMÍREZ
TEMÁTICA HISTORIA DE ESPAÑA, LITERATURA CASTELLANA Y ANTROPOLOGÍA
ETAPA BACHILLERATO

Resumen

El presente estudio trata de buscar el origen del término “casticismo” y su concepción hoy día. Para ello se realizará un recorrido histórico desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad, con el fin de hallar la génesis de nuestra propia identidad.

Para hablar del casticismo, término laberíntico y manipulado según para qué o quién lo utilice, es necesario fijar el parámetro de su significado. Por ello, el concepto de este término lo vamos a asociar principalmente a la literatura de los siglos XIX y XX (Salvador Rueda, Azorín, Unamuno, Lorca, Villaespesa, Goytisolo...) y a los hitos históricos más significativos (Movimiento Ilustrado, Guerra de la Independencia...).

Sin duda, en la elaboración del mismo hemos querido dar una perspectiva plural del tema, teniendo en cuenta las múltiples opiniones que, en la actualidad, poseen numerosos estudiosos (Baltanás, González Troyano...).

Este artículo va dirigido a alumnos/as de la etapa de Bachillerato, con el objetivo de facilitar la comprensión de un concepto tan abierto, amplio e ilimitado que puede llevar a equívocos.

Palabras clave

Ilustración, Sainete, Casticismo, Identidad, Románticos, Sur, Tópicos, Estereotipos, Guerra de la Independencia, Franquismo, Generación del 98, Generación del 27...

1. GÉNESIS DEL CONCEPTO CASTICISTA

La nueva dinastía borbónica reinante en la Península vio como problema político la descentralización y la falta de homogeneización cultural, por ello tomaron numerosas medidas para combatirla a través de una serie de proyectos reformadores, imitando el modelo francés, algunos de



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

ellos fueron: uniformar lingüísticamente sus reinos; centralizar la administración; fundar las Reales Academias y renovar los símbolos destinados a representar el Estado (himno y bandera). Todas estas reformas del XVIII sirvieron no sólo para el reforzamiento de la monarquía sino también para recuperar el prestigio de la colectividad y la creación de una cultura nacional. Empero, «el siglo XVIII fue además el de los libros de viajes, puesto de moda en Europa a partir de la costumbre del *Grand Tour*, al que las buenas familias enviaban a sus hijos antes de casarse como parte de la educación mundana. Los que visitaron España no hacían sino confirmar los prejuicios y estereotipos con que habían emprendido su expedición. Todos se horrorizaban de las malas carreteras, posadas infectadas, mendigos en las calles, la superstición, fanatismo por las fiestas religiosas, el salvajismo de las corridas de toros, bajo nivel cultural de las tertulias, y la especial ignorancia de las mujeres. Siendo ya una potencia que había dejado de inspirar temor, fue fácil añadir a esta imagen tan negativa rasgos ridículos. Los españoles eran por definición absurdos y risibles [...]. Irónicamente, aquellas críticas llegaban en tiempos en que los gobernantes españoles estaban haciendo esfuerzos por implantar reformas ilustradas» (Álvarez Junco, 2001).

En 1783, gracias al artículo “Espagne” de Nicholas Masson de Morvilliers (donde expresa un listado de agravios contra España) se dio uno de los pistoletazos de salida del sentimiento nacional español moderno. Carlo III exigió que se tomaran medidas contra los responsables de las injurias, incluso la Real Academia Española convocó un concurso de réplica, con un premio para la mejor apología o defensa de la nación (Álvarez Junco, 2001).

Los intelectuales ilustrados o dieciochescos eran conscientes de que extender entre el pueblo la conciencia patriótica constituía una de sus obligaciones político-pedagógica. Siendo este siglo la preparación de la gran explosión nacionalista de comienzos del XIX. Sin duda, «el caso español se caracterizó por la incompatibilidad del programa ilustrado de progreso con la identidad heredada, fue ese el flanco débil aprovechado por los conservadores, quienes acusaron a los modernizadores de extranjerizantes, antiespañoles y afrancesados, enemigos de las tradiciones nacionales. Éste fue el problema del proceso de nacionalización de España» (Álvarez Junco, 2001).

Nos encontramos ante una disyuntiva entre pasado y futuro, entre casticistas y europeístas, provocada por la presencia de la Ilustración. Entonces, contra las imposiciones de renovación, con normas de comportamiento, atuendo y modismos verbales de origen extranjero, se reaccionó acentuando el orgullo de la originalidad nacional. La necesidad de manifestar la “diferencia” tuvo su exponente en la indumentaria, que tomó un rol esencial como símbolo diferenciador en la sociedad española, así como el recurso de un lenguaje que se transformaba en jerga con el fin de ser más puro y castizo. Esta reacción se debió a un mecanismo de autodefensa de las supervivencias ancestrales, a la vez que la imposición venía dada por unos sectores despectivos y distantes hacia las clases populares (González Troyano, 1988). Este mecanismo reaccionario y de autodefensa, que se instaura - como hemos ido viendo- en la época de la ilustración dieciochesca, surge ante una oleada de costumbres cosmopolitas y homogeneizadoras procedentes del exterior. Ciertos sectores del país, bien por disconformidad ante los valores que se avecinan, bien por exceso de celo ante lo propio, radicalizan el uso y el gusto por los modelos, lenguas y hábitos que consideran más genuinos. Este proceso se proyecta en la literatura, y en la sociedad española en general, con una doble vertiente; en



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 N° 28 – MARZO DE 2010

unos residía un claro objetivo de enfrentarse a las modas extranjerizantes, y en otros una clara predisposición a dejarse llevar por lo foráneo.

En el mundo literario del XVIII, la opción casticista estaba abigarrada al tradicionalismo popular. Lo que supuso que esta clase social, la plebeya, se sintiera reflejada en las obras, por lo que se veían empujadas a imitarlas, convirtiendo estas obras en manuales de usos y costumbres a conservar, para evitar que desaparecieran. (G. Troyano, 1992).

El sainete¹ dieciochesco -siendo Ramón de la Cruz y González del Castillo sus mayores exponentes- estaba inmerso en la atmósfera del majismo², plebeyismo y casticismo, además contó con gran popularidad y difusión, ya que respondió a un querer colectivo y ayudó a crear un arquetipo de ambientes y héroes. Por lo que a través del sainete y de la posterior literatura costumbrista (romántica y realista), se configuraron unas tipologías genuinas de ambientes y personajes extraídos del bajo pueblo, de la España más primitiva, que pudieron transfigurarse en héroes literarios más o menos idealizados. Sin embargo, el aparente afrancesamiento del pensamiento ilustrado, que obliga a mirar con desprecio cualquier rasgo genuino de la España ancestral, hecho que perdurará durante el siglo XIX, encontrará en esa España el ambiente ideal para proyectar su corrosivo humor y denigrar la cultura de ciertos pueblos españoles (G. Troyano, 1988).

Por consiguiente, la Ilustración fue un movimiento que generó la autoconciencia castiza popular y un movimiento de defensa de lo tradicional (Pérez-Bustamante Mourier, 1992).

2. SIGLO XIX

La Revolución francesa produjo el desplome, para siempre, de la sociedad feudal, señorial y patriarcal del Antiguo Régimen. Por tanto, un nuevo tipo de sociedad surgía imparable, con todas sus glorias y miserias, pero sobre todo con unas desigualdades extremas. Con todo ello podemos deducir que el Romanticismo fue una invención ante la Revolución francesa y sus consecuencias sociales e históricas. Fue una huida hacia atrás, hacia el pasado, un más allá lejano, oriental y exótico. La Revolución francesa destruyó el eterno presente del Antiguo Régimen que los románticos quisieron salvaguardar (Baltanás, 2003).

El comienzo del siglo XIX, exactamente 1808, marcó la fecha en que finalizó la Edad Moderna en la historia de España y comenzó otra nueva que el mundo académico latino denomina Contemporánea.

Este siglo se caracterizará porque España sufrirá numerosas revoluciones y conflictos políticos internos entre liberales, republicanos y absolutistas, donde dos hechos marcaron profundamente el país: las intervenciones extranjeras por el trono español y la pérdida de sus colonias en el Nuevo

¹ El sainete es considerado el antecesor de los cuadros costumbristas, tuvo la virtud de agradar a todos los estratos sociales. Ramón de la Cruz compaginó sus ideas afrancesadas con el cultivo del popularismo más genuino (Carmen Blanes, 2006).

² Un fenómeno que surge en las últimas décadas del siglo XVIII como reacción del pueblo llano contra ese «afeminamiento» afrancesado «peligrosamente» generalizado entre la nobleza.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

Mundo; pero también fue la era del vapor, del ferrocarril, de la gran industria y de las Exposiciones Universales.

En el XIX se produjo el paso del patriotismo local, que venía heredado de la Edad Moderna, al plenamente nacional, al menos entre las élites, y ello fue obra indiscutible de los liberales, quienes planteaban tomar posición contra la tiranía, contra cualquier persona, extranjera o española, que pretendiera tomar decisiones políticas sin tener en cuenta la voluntad del pueblo. Gracias a este planteamiento «nacional» podemos decir que se creó la nación, la cual tenía la soberanía, el derecho a defenderse y a gobernarse por sí misma, aun sin su monarca, es decir, el monarca estaba a su servicio y no al revés: «la nación era superior al rey». Lo nuevo y característico de este siglo en el proceso de nacionalización fue la veneración hacia el pueblo, como el portador de la identidad nacional, como último baluarte de las libertades y los sentimientos patrios.

Por otro lado, sería conveniente destacar que los conservadores, poco a poco comienzan a aferrarse a la idea de nación como una de las instituciones fundamentales contra el peligro de disolución, aceptándola y desarrollándola. Por lo que, el conservadurismo español hacia la segunda mitad del XIX estaba rectificando su línea de las décadas anteriores, pues entonces la identidad nacional era una invención del «anticristo racionalista», que pretendía arrebatar la soberanía a los monarcas absolutos, «representantes visibles de Dios». Podemos afirmar que el nacionalismo español evolucionó desde su origen laico-progresista (liberales) hasta el nacional-catolicismo (absolutistas conservadores) (Álvarez Junco, 2001).

Cuando los ejércitos napoleónicos ponen en danza la calma geográfica de las monarquías absolutas, Europa entera vuelve sus ojos hacia España, el país que empieza a poner en entredicho el mito de la invencibilidad del Emperador. Por ejemplo, a Lord Byron le parece España un país romántico precisamente por esta lucha por su libertad e independencia, (las primeras derrotas de Napoleón se producen en suelo andaluz). Lo significativo es que las tropas napoleónicas despertaron a un pueblo dormido (Baltanás, 2003).

Lo cierto es que, en el Congreso de Viena de 1815, Europa creyó haber restaurado el Antiguo Régimen, estableciendo las monarquías absolutas y por ende el orden tradicional. Empero pronto se vería que esa creencia sería un error, pues la industrialización, el liberalismo político y económico y el capitalismo, mostraron su cara más «hosca y horripilante», donde se enriquecían a unos y empobrecían a otros de manera tan desigual como extrema. Los campos eran abandonados para trasladarse a las ciudades, por lo que el campo suponía el terreno propicio para la nostalgia, para las visiones arcaicas del pasado. Así nacía también el exotismo romántico que, contra la uniformidad capitalista, comenzaba a reivindicar la diferencia de lo pintoresco, la placidez del campo, la brillantez del color local, la originalidad de lo típico. Se huía de la realidad, rechazándola, para buscar el paraíso perdido. Uno de esos paraísos fue Andalucía, pues en general los románticos europeos situaron siempre el paraíso en el Sur, más atrasado, quieto e inmóvil en el tiempo, a salvo del capitalismo, de la industria y la homogenización de las modas, usos y costumbres. Pues en el Sur se conservaba las civilizaciones pasadas como las griegas, romanas o árabes. Por todo ello, no puede negarse que en el Romanticismo había una dosis considerable de razones para la nostalgia. Una mirada nostálgica a la



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

sociedad tradicional que el liberalismo económico y político «estaba barriendo», la vuelta al pasado como propuesta de futuro, la idealización del Antiguo Régimen (Baltanás, 2003).

Los románticos se caracterizaron porque hacían del sentimiento y la intuición las vías directas hacia el conocimiento de la realidad, las verdades y valores, perdiendo su carácter axiomático y objetivo. Por tanto, la pasión, la intuición, el sentimiento era distinto en cada uno, era subjetivo. Los románticos buscaban esa realidad subjetiva a través de lo primitivo, lo popular, lo natural, lo no deformado por los artificios de la civilización. Se trataba de imaginar ese pasado, de inventarlo estéticamente con objeto de cultivar el patriotismo en los lectores (dando igual incluso los anacronismos). Ésta fue la principal aportación de la literatura a la creación de la identidad nacional: imaginar los ambientes de nuestro pasado (Álvarez Junco, 2001). Es claro que no será hasta después de la «Guerra de la Independencia» (1808-1814)³ contra la invasión francesa, cuando la imagen de España cambie sustancialmente en los países europeos. Se despierta un nuevo interés por los hombres y costumbres españolas, ello se traduce en estímulos para viajar y recorrer la Península y en la utilización literaria de ese escenario en el viajero escritor romántico (este nuevo viajero dista mucho de los ilustrados dieciochescos). De ahí que, costumbres, hábitos y tipos humanos se vieron de pronto acogidos con una nueva estimación, donde cosas anteriormente marginadas comienzan a adquirir prestigio, traspasando incluso a nuestra propia literatura (Troyano, 1988).

De esta manera, España quedó etiquetada por los románticos viajeros, destacando a Washington Irvin, Víctor Hugo, Gautier o Merimee, como la representante del exotismo u orientalismo europeo, este último se puede traducir en términos positivos como belleza, melancolía, pasado, hedonismo, honor caballeresco o pasiones internas. Pero políticamente significaba quedar relegados en la decadencia e incluso en la barbarie (Álvarez Junco, 2001).

Por todo ello, podemos deducir que Francia ha sido la gran proveedora de estereotipos durante el siglo XIX romántico. Aunque en realidad la creación de estereotipos -imagen generada sobre nosotros- participaron tanto franceses (metropolitanos y cosmopolitas) como españoles (autóctonos castizos) en una dialéctica alternativa de amor y rechazo, no se trataba de un proceso unidireccional (González Alcantud, 2006).

Obviamente el papel desempeñado por estos escritores, autores y viajeros románticos consistió en desvelar y rescatar una serie de imágenes y figuras, que para la literatura culta española eran inexistentes o estaban circunscritas a una vergonzosa marginalidad, universalizándolo y creando unas tipologías, elevándolas al rango de posibles personajes literarios, representativos de las peculiares formas de vida española en general y andaluza en particular. A su vez, es necesario destacar el

³ Es dudoso pensar que el conflicto desatado en la península entre 1808-1814 se ajustara realmente a la categoría de «Guerra de la Independencia», que consagró la versión nacionalista. Pero indiscutiblemente, se convirtió en referencia positiva y signo de identidad para el que se considerara español (Álvarez Junco, 2001). La «Guerra de la Independencia», al ser releída y analizada al detalle, no es tan nacional como pudiera parecer. Pues en la movilización antinapoleónica tuvo que ver más el patriotismo local, lo que indica la incapacidad para dotarse de símbolos comunes. Sólo a posteriori (tres décadas después, 1840) comenzó a interpretarse aquella guerra como lucha por la independencia nacional (González Alcantud, 2006).



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

descubrimiento por parte de los escritores indígenas de sus posibilidades literarias. Por consiguiente, los extranjeros fueron los desveladores de la singularidad literaria de ciertas formas de vida cotidiana y ciertos tipos. Empero, tras esa mirada del viajero romántico, fantástica, estereotipada, deformada, caricaturizada y distorsionada, además nace en los escritores autóctonos un afán de responder con la verdad descriptiva, de querer corregir esa visión foránea, corregir los excesos de las interpretaciones extranjeras, de querer buscar una cierta verdad (G. Troyano, 1985 y 1988).

Es bien sabido que fueron los viajeros europeos que recorrieron España a finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX los que acuñaron la imagen estereotipada y tópica de esa Andalucía exótica y romántica (Baltanás, 2003). Por tanto, fue decisivo e importante el peso que los viajeros tuvieron a la hora de ofrecer al exterior la imagen de una Andalucía romántica, extremada, colorista y variada, exótica y pintoresca, convirtiendo a esta región en un escenario adecuado para situar fantasías que en otras geografías no parecían creíbles (Álvarez Barrientos, 1998).

Andalucía era el paraíso imaginado en el que encontrar formas de vida atadas al pasado, que parecían resistir la seducción de aquellas novedades que ya habían sucumbido en la mayoría de las ciudades europeas.

Dicha región por sí misma, por su propia diversidad espacial, por la superposición y conglomerado de sus culturas, por la presencia de personajes singulares o por la imagen de un tiempo que aparentaba haberse quedado retenido en el pasado, atesoraba y suponía una gran demanda para ciertos escritores. Luego, es evidente que la sensibilidad romántica fue la más propicia para el desvelamiento de una cierta Andalucía, que casi es redescubierta entonces, proporcionando una imagen de ella que había de permanecer durante largo tiempo (González Troyano, 1985 y 2003).

Andalucía era el Oriente más próximo, por su cercanía geográfica e histórica (tardía re-cristianización). Era el Oriente incrustado en el mismo corazón europeo, representaba la continua lucha entre pasado y presente, siendo una tierra de frontera, siempre tan atractiva para los poetas y los artistas (Baltanás, 2001). Por lo tanto, el modelo andaluz se convirtió en un complejo espejo en el que la mirada propia y ajena pareció encontrar en su paisaje y gentes un fiel testimonio de sus inquietudes estéticas y literarias y de su desbordante imaginación (G. Troyano, 1998).

En este sentido, debemos destacar que entre tantas y tan diversas miradas y fabulaciones románticas sobre la geografía y vida andaluza, resultaba muy difícil seleccionar y erigir una imagen unitaria. Así que, algunos escritores españoles dedujeron que la imagen que servía para identificar el mundo andaluz, era sólo la más pintoresca, agitanada y castiza (G. Troyano, 2003).

Es importante concretar que el término Oriente, para los escritores de la época, no hacía referencia a un lugar geográfico, sino a un lugar utópico. Un símbolo, un anhelo, donde Oriente es el «otro», lo distinto, lo misterioso. Todo lo opuesto a Occidente. Pues no se trataba de una tierra para vivir, sino de una tierra para fabular. Por esta razón, cuando la realidad se medía con los cánones de la ficción, venía el desencanto (Baltanás, 2003).

Podríamos generalizar afirmando que lo diferencial de un pueblo percibido, estilizado y estereotipado desde dentro genera el casticismo, mientras que lo diferencial percibido, estilizado y estereotipado desde fuera genera el exotismo. Donde ambas actitudes íntimamente asociadas, solían



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

manifestarse conjuntamente en el tiempo durante todo el siglo XIX (Pérez-Bustamante, 1992). «Andalucía constituirá uno de los cruces de caminos más recurrentes entre las lógicas del casticismo y del orientalismo» (González Alcantud, 2003:120).

Es bien sabido que uno de los efectos de la oleada romántica fue la incitación a reaccionar ante la imagen que esparcían sus escritos. Se hizo frecuente entre los escritores españoles escribir sobre Andalucía como manera de corregir las distorsiones extranjeras. Este deseo de intenciones resulta más paradójico cuanto que en la mayoría de esas escenas andaluzas va a prodigarse el mismo enfoque tanta veces criticado (un tipo singular, un cuadro pintoresco y una escena de llamativo color local). Incluso estas imágenes literarias sirvieron para modelar algunos de los comportamientos de la vida cotidiana andaluza, asumiéndola como suyas los propios andaluces (González Troyano, 2003). Es decir, que estas imágenes estereotípicas repercutieron sobre los propios observados, que asumían y se comportaban como se esperaba de ellos (Álvarez Barrientos, 1998). Toda esta tipología y psicología de la conducta andaluza, que desde luego tenía algo de real, se consideraba ya característico de España porque lo andaluz se extendió por la nación y la impregnó, por lo que se identificó Andalucía con España y viceversa (Álvarez Barrientos, 1998). Nos hallamos en el momento crucial, por un lado Andalucía estaba siendo redescubierta como una de las tierras más hermosas y por el otro, España estaba despegando como nación. En definitiva, la Andalucía romántica, por su excesivo peso cargado de connotaciones, traspasó la frontera regional para prestar sus rasgos identitarios al conjunto del país. Recordemos que Ortega y Gasset en su ensayo *Teoría de Andalucía* se refiere a este hecho como la “influencia hegemónica” andaluza⁴ durante todo el siglo XIX (Troyano, 2003).

El romanticismo se mantiene hasta 1844 como tendencia dominante pero no única; pues la literatura de carácter costumbrista, que comparte con el romanticismo el gusto por el tratamiento de lo autóctono y popular, comienza a sobresalir (Carmen Blanes, 2006). Casi todos los historiadores coinciden en situar la década de 1830 como aquella en que el género se institucionaliza como tal. Donde el factor determinante para su auge fue la creación de un mercado de revistas periódicas (González Troyano, 1985).

Puede pensarse que la literatura de intención costumbrista se despierta porque se presienten alteraciones en la sociedad española. Los había que intentaban inmovilizar aquel mundo en evolución fijando unas imágenes que lo retuviesen, porque se escribía con la sospecha de la inevitable desaparición de mundo tradicional (G. Troyano, 1985). Por lo tanto, el costumbrismo se nos presenta bajo la amenaza de la inevitable desaparición de sus costumbres (Varela, 1970). Además, aparece con el objetivo de centrar las imágenes falsas y deformadas que los viajeros extranjeros tienen de la realidad nacional de España (Álvarez Barrientos, 1998).

En resumen, este género trata de preservar la imagen del vivir tradicional, que se ve en peligro de desaparecer, y al mismo tiempo, como efecto de la visión romántica nacional que esparcían sus escritos, rectificar las falsas impresiones puestas en circulación en Europa por los viajeros

⁴ La influencia andaluza a nivel nacional es una cuestión que todavía hoy no posee una explicación adecuada. La influencia de Andalucía durante el siglo XIX se distinguirá como una corriente ética, ideológica, artística y estética.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

superficiales⁵. Lo que supone un propósito sincero -no siempre eficaz- de objetividad y veracidad de observación (Ucelay da Cal, 1951). Empero lo que realmente resulta llamativo y paradójico es que sea el propio costumbrismo, durante el siglo XIX y XX, quien ayude a mantener esa estereotipia de personajes populares madrileños o andaluces como representativos de lo español (González Alcantud, 2002). Recordemos que surgió contra la imagen estereotipada y deformada de España y Andalucía por los viajeros románticos foráneos.

En algunas ocasiones ocurre que la consolidación de estas tipologías no excluye que simultáneamente también figure una literatura propensa a resaltar los factores negativos de la España más rural y primitiva, e incluso a caricaturizarla (herencia de la corriente ilustrada dieciochesca) (González Troyano, 1988). Existió otro costumbrismo, no castizo, crítico, progresista y liberal, que optó por la renovación de las costumbres y el cambio social, utilizando el pasado para reivindicar el futuro (Álvarez Barrientos, 1998).

El costumbrismo tiende a tipificar, a crear unos tipos literarios que encarnen valores cotidianos que se quieren resaltar, unas veces para preservarlos y otras para criticarlos (González Troyano, 1985). Es decir, entre los intelectuales decimonónicos había quienes aceptaban como reales esas tópicas extranjeras y ayudaban con sus obras a fijarlas o matizarlas, y quienes lo rechazaban y lo combatía.

En definitiva, el costumbrismo español oscila entre la fijación de cierto tipo de vida que se pretende perpetuar (de carácter castizo, conjunción del costumbrismo con el nacionalismo, lo más habitual), destacando a escritores como Mesonero y Estébanez Calderón, y el retrato de una sociedad a partir de una intención moral correctora como acelerador de reformas (de carácter no castizo), donde Larra será su mayor exponente. De modo que, ambas perspectivas recurren al pasado histórico por confrontación con un presente, que por razones opuestas, a ninguno complace (Carmen Blanes, 2006).

En general, la literatura española con intención costumbrista se caracteriza por ser esencialmente casticista, siendo la mayoría de los autores social e ideológicamente conservadores, y proporcionar una pintoresca y rica galería de tipos castizos y modelos de conducta que se consideran ejemplares, así como de ambientes y usos o costumbres que se intuían en trance de desaparición. Aquí lo que nos interesa resaltar y explicar es que el empleo del término *casticista* va a ser entendido como lo más significativo, lo «determinativo» de un pueblo en un momento determinado⁶.

Lo castizo se va a ir adquiriendo con el paso del tiempo en los individuos, o sea que se va haciendo y consolidando en el seno de un grupo que no tiene por qué ser biológicamente puro. Hoy día se puede afirmar que la pureza asociada al casticismo es un mito poco resistente al análisis⁷, pues lo

⁵ «La rectificación de estas visiones románticas va consecuentemente unida a la necesidad de afirmación de la propia identidad mediante la fijación de determinados caracteres que constituyen la fisonomía de la nación. Además actúa como mecanismo de autodefensa ante la mirada foránea» (Blanes, 2006).

⁶ Véase J. Caro Baroja: *Temas castizos*. Madrid, 1986.

⁷ «No nos parece acertada la relación entre castizo y puro y la posible aplicación de estos calificativos junto a lo español, ya que si hay algo menos puro es precisamente la nacionalidad española, resultado obvio de un sincretismo de culturas» (Espín Templado, 1992). Sin embargo, Christiane Stallaert, utiliza ese casticismo -pureza- como instrumento «útil» para el estudio antropológico de la etnicidad española y de lo genéricamente español, entendiendo etnicidad bajo la tradición



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

que una comunidad puede asumir y creer como propio no es necesariamente puro⁸. Por lo que, lo propio, lo «determinativo» de un pueblo es algo relativamente tradicional y relativamente puro, pues basta con que al pueblo crea que es tradicional y puro (Pérez-Bustamante, 1992).

Se debe comprender que el casticismo es un concepto ligado a las formas de vida y expresión de un pueblo. Se trataría de un conjunto de rasgos diferenciales que caracterizan a un pueblo frente a todos los demás: una serie de rasgos más o menos evidentes en los que radica la manifestación de la identidad, la imagen que se proyecta para consumo interno y externo de la propia identidad. Por consiguiente, el casticismo responde a impulsos sociológicos y psicológicos y a necesidades reales.

Empero, a lo largo del siglo XIX, los escritores casticistas tenderán cada vez más a resaltar de las tradiciones populares sus rasgos más superficiales y mediocres, dando cuenta de lo popular en su dimensión más pintoresca (G. Troyano, 1992). Por todo ello, el casticismo ha sido acusado de manipular folklóricamente la imagen de la España popular.

Hacia 1870, el romanticismo había completado su tarea de «invención»⁹ de ese pasado histórico que ahora quedaba imaginado plásticamente como español.

La última generación romántica consiguió cubrir un requisito esencial para el éxito de esa personalidad nacional que estaban construyendo las élites culturales: eliminar la orientación excesivamente liberal e incorporar a la imagen nacional rasgos conservadores (Álvarez Junco, 2001).

El siglo XIX fue una época donde la obsesión nacional dominó las artes, las letras y las ciencias. Además este siglo también se va a caracterizar por un factor *continuum*: la veneración hacia el pueblo, la exaltación de sus costumbres, siendo objeto de atención conductas y valores, imágenes y actitudes; o sea que los estratos populares centraban las preferencias de los escritores como depositarios de rasgos y costumbres que entre las clases superiores se iban perdiendo. Por lo que, del pueblo y sus peculiares formas de vida se nutre el escritor costumbrista. Estos modelos que nacen del pueblo, influyen en él, adoptándolos como ejemplares y reales por artificiosos que sean. Se genera así un proceso que va y viene del pueblo a la literatura y viceversa¹⁰.

Lo que está claro es que nos encontramos ante el esfuerzo de fijar el carácter de una sociedad cambiante que se debate entre la continuidad del pasado y los retos del presente. En este debate, lo andaluz juega un papel importante porque contribuye a afianzar esos rasgos castizos españoles

barthiana y empleando el término casticismo en el sentido de *calidad castiza de una persona o de un linaje, ascendencia étnica limpia* como sinónimo de *pureza étnico-religiosa*.

⁸ Unamuno utiliza en su obra *En torno al casticismo* (1895) la definición académica de castizo y casticismo como derivados de casta y este a su vez de casto, puro o sin mezcla alguna, equivaldrían, por tanto, a algo puro, sin mezcla de elementos extraños.

⁹ El término «invención» sugiere excesiva libertad por parte del autor: creación ex nihilo, a partir de cero. No se pueden inventar identidades en contextos donde no haya elementos culturales que favorezcan su acción. El ser humano hace la historia, pero no la hace desde el vacío sino en condiciones dadas, con un material dado, preexistente. Por todo ello, el término más adecuado es el de «construcción» y no «invención» (Álvarez Junco).

¹⁰ Idea extraída de *Mater Dolorosa*, Álvarez Junco; *Escenas andaluzas*, ed. de Carmen Blanes y *El costumbrismo andaluz*, Álvarez Barrientos.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 N° 28 – MARZO DE 2010

amenazados de ruina por el avance de la civilización, del espíritu innovador del siglo y por una concepción renovadora de las costumbres (Rubio Cremades, 1998).

A partir de finales del siglo XIX el país se encuentra en plena transición entre una estructura económica de índole pre-industrial y la industrialización. Sin embargo, esta España de la Restauración era un país principalmente agrícola, con unas clases sociales atadas a la tenencia de la tierra y una incipiente burguesía industrial y mercantil, que a su vez sostenía una débil clase obrera industrial (González Alcantud, 1982). A pesar de la innegable evolución urbanística, mediante la cual el mito de la capital de la provincia también influyó en el desarrollo social, en las últimas décadas del siglo XIX, España siguió siendo un país predominantemente rural, tanto en la distribución de la población como por la importancia de las actividades agrarias en la economía (Ramos Santana, 1992). Por tanto, durante este período el pueblo quedará fragmentado, surgiendo una sociedad dual, mitad urbana y mitad rural (Pérez-Bustamante, 1992).

Por otro lado, la estructura política, estaba caracterizada por su administración ineficaz y por la corrupción electoral (caciquismo y oligarquía), que impedía que se desarrollase en España una democracia capitalista de nivel europeo. Al mismo tiempo, el país se veía involucrado en unas guerras coloniales que acabaron en la derrota y con la hacienda de la nación gravemente disminuida. Esta grave crisis política, económica y social produjo una llamada a la europeización de España y al mejoramiento de la educación científica¹¹, por lo que a partir de 1898 se intensificó el desarrollo de instituciones con fines educativos y científicos, periodo conocido como edad de plata de la cultura española (Fox, 1997).

A lo largo del último cuarto del siglo XIX se produce el nacimiento de una nueva clase de intelectuales con preocupaciones nacionales, se trata del movimiento noventayochista o la Generación del 98. No se definían sólo por su manera de pensar o por el mero hecho de ser escritores o científicos, sino por su actitud crítica frente a la estructura socio-política dominante. Además tienen en común, todos ellos, que se vieron profundamente afectados por la crisis moral, política y social acarreada en España por el desastre de la pérdida de Puerto Rico, Cuba y Filipinas en 1898. Este movimiento se caracterizó por manifestar un juicio pesimista de España y las causas de la decadencia de la nación. Fueron un grupo de escritores comprometidos con la liberalización de su país que decidieron emplear la literatura como herramienta de progreso democrático, en el sentido regeneracionista -se inspiraron en esta corriente crítica-. Su manera de expresarse era literaria, subjetiva y artística (Fox, 1997).

Por tanto, a partir de los sucesos finiseculares muchos de estos escritores indagarán en la búsqueda de la nueva «alma española» (G. Troyano, 1988), analizan la conciencia nacional, el *problema de España*, las causas de sus males, las posibles soluciones, el pasado, etc.

¹¹ En las Universidades españolas se desconocía la enseñanza de las técnicas científicas modernas, lo que provocaba la mala preparación de los científicos y los profesionales. El desfase técnico/industrial con Europa era evidente. Esta situación de imposibilidad de profesionalización para el despegue industrial español supuso una gran colonización por parte del capital europeo (Inman Fox).



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

Al mismo tiempo, el casticismo se convirtió en un tema que interesó como concepto básico en la definición de la esencia de la españolidad¹² (Espín Templado, 1992). Los noventayochistas mostrarán interés por lo popular y lo castizo y resurgirán los idealismos de raíz romántica. Esta generación finisecular reacciona contra la España oficial, que significaba burguesía y casticismo de charanga y pandereta al servicio de las clases altas y del poder conservador. Buscan entonces tradiciones populares y casticismos diferentes a los burgueses, creyendo que en ellos encontrarán la pureza incontaminada. Se fijan en lo serio, por lo que no es lo castizo propiamente dicho ni es el casticismo popular. Se trata de redefinir el casticismo de manera intelectual, no dejando nada español sin renovar, empero realmente no cala en el pueblo. Por tanto, la generación del 98, son quienes recogen la tradición española y le dan una nueva savia debido al profundo amor que sienten por España, por lo que se les puede considerar los verdaderos casticistas¹³ (Pérez-Bustamante y Quintana Pareja, 1992).

Serán estos intelectuales¹⁴ los que tomen consciencia y reaccionen al encuentro de las señas de identidad perdidas, cuyo objetivo será la revalorización de toda nuestra cultura, folklore y costumbres. Para ello, viajaron por toda la Península¹⁵ con el paisaje como protagonista, con el fin de llevar a cabo la regeneración de España y su imagen, siendo Castilla, sus ciudades, campos y personajes el eje de la esencia española. Por tanto, los intelectuales se dedicaron a demostrar que la auténtica imagen de España se hallaba en otros aspectos de la tradición, donde el suelo y la naturaleza eran el escenario de la herencia pasada encontrando ahí nuestras señas de identidad. En este nuevo paisaje español volcaban todos los ideales de la época¹⁶, por ello imaginaban Castilla como la expresión ideal de España, por su protagonismo y significado histórico, para ser mirada con amor y melancolía. Sentían Castilla como la representación del alma nacional, de su espíritu (Pena López, 1982).

¹² Su mayor exponente fue Unamuno, arquetipo de los intelectuales españoles del cambio de siglo cuyas obras están dominadas por una preocupación de descubrir la identidad nacional española y por tomar la literatura como fuente de la mentalidad colectiva. Fue el que mayormente trató el tema del casticismo.

¹³ Habría que llamar la atención sobre la ambigüedad de la palabra casticismo, pues no la podemos encontrar con varios sentidos: uno beneficioso y otro pernicioso. «Uno empobrecedor, anulador de la personalidad, retórico e hinchado y frecuentemente unido a ideas nacionalistas reaccionaras y catetas, y otro positivo, renovador y auténticamente enraizado en la tradición viva de lo español» (Quintana Pareja, 1992).

¹⁴ «Todos estos autores provienen de la periferia y coinciden en Madrid. Desde aquí descubrirán los viejos pueblos castellanos, silenciosos, los paisajes, los monumentos. Al igual que los románticos, asocian el paisaje al estado de ánimo, de ahí que el símbolo de la decadencia española sea la yerma meseta castellana» (Larrinaga Rodríguez, 2002).

¹⁵ Estos viajes eran herencia de las excursiones escolares llevadas a cabo por la Institución Libre de Enseñanza en su programa educacional, originadas en 1881. Al principio el interés de los institucionalistas fue únicamente por la geografía, botánica y geología, pero más tarde adquirieron un papel destacado la historia, las costumbres, preocupación estética y las manifestaciones religiosas (Fox, 1997). Por consiguiente, serán los institucionalistas, con Giner de los Ríos a la cabeza, y sus excursiones los primeros en poner de relieve el paisaje nacional, en concreto Castilla, cuya visión no sólo será estética sino también moral y ética, pues pretende afirmar, partiendo de esa imagen física, una conciencia nacional (Pena López, 1982). Así, Giner, como muchos escritores del 98, identificó el ser español con su tierra, con su paisaje, que contribuyó a la orientación castellano-céntrico.

¹⁶ No olvidemos que fueron los viajeros románticos extranjeros quienes iniciaron la revalorización del paisaje español.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

Un detalle que cabe resaltar en cuanto al paisaje geográfico o natural de Castilla son las escasas e indirectas alusiones que hacen los escritores costumbristas contemporáneos a esta generación. Si se encuentran referencias al campo castellano, todas ellas son de carácter peyorativo. Es curiosa esta actitud común en los costumbristas si la contrastamos con la revalorización del paisaje Castellano que hará la Generación del 98 (Ucelay da Cal, 1951).

«Para los noventayochistas el paisaje no debía ser transformado. Pues en el paisaje, tal como era, sin alteraciones, se daba el verdadero encuentro de la identidad colectiva del pueblo español. Describieron el paisaje castellano con crudeza. En sus andanzas por esas tierras aparecían visiones de iglesias rotas, caserones abandonados y cafés solitarios; tierras reseca, sin árboles ni caminos; en fin, campesinos miserables y harapientos. Figuras grotescas muchas veces al estilo de las pintadas por Zuloaga. El pueblo de Castilla, pues, era un pueblo muerto. Ahora bien, aunque el paisaje era sombrío y desolador, estaba vivo. De forma que se daba la paradoja de que lo vivo en ese pueblo muerto de Castilla era el paisaje. Por eso la promesa de resurrección residía en la naturaleza. Sin duda, estos autores se situaron dentro de los parámetros del nacionalismo cultural de influencia romántica» (Larrinaga Rodríguez, 2002). Por consiguiente, ésta, la literatura casticista, vuelve su mirada a lo natural, al campo, al paisaje, siendo otra forma más de resaltar un carácter tradicional de España y los españoles (Ramos Santana, 1992).

A finales del XIX los escritores denominados casticistas habían completado «sus deberes». Al mismo tiempo, las élites gobernantes consiguieron completar, o casi completar, la construcción de todo un edificio cultural que giraba en torno al pasado español, es decir, el descubrimiento de la tradición popular y su conversión a una tradición nacional¹⁷. Para ello, se habían aprovechado las creencias y tradiciones heredadas y aceptadas (Álvarez Junco, 2001). Sin duda, la «creación o invención de la tradición» acaba convirtiéndose en un hecho real y constatable en la medida que los autóctonos la asuman como propia (González Alcantud, 2002).

Una vez construida la tradición nacional, la clase dirigente conservadora, fomentará y difundirá, a partir de 1900, la imagen de España dominada por la guitarra, pandereta¹⁸, flamenquismo y tauromaquia, indiscutibles realidades populares que se presentan degeneradas al servicio del poder, y que muestran a un pueblo español embrutecido por sus tradiciones. Una imagen que presentaba a los españoles como algo exótico para el extranjero y que a los autóctonos les autocomplacía, pese a que se les tenía por anacrónicos (Ramos Santana, 1992). Dicho de otro modo, a lo largo del siglo XIX lo castizo será cada vez más una especie de exotismo interno, que una vez agotada esa visión, hacia 1900, dará paso al exotismo externo (Pérez-Bustamante, 1992).

¹⁷ Sería conveniente recordar que cuando el marxismo cuaja en España en el siglo XX, empieza a representar una dura amenaza para las tradiciones, ya que pretende destruirlas para crear un nuevo mundo, una sociedad internacional basada en la clase obrera, sin castas, sin casticismo, pueblo definido por la ausencia de dinero, no por la geografía. Por tanto, podemos afirmar que tras la ilustración no existió ningún enemigo mayor para el casticismo que el marxismo original (Pérez-Bustamante, 1992).

¹⁸ De Francia proviene la imagen de la España de “pandereta” como un sambenito que no ha dejado de acompañar a España por el mundo (González Alcantud, 2006).



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 N° 28 – MARZO DE 2010

3. SIGLO XX

Desde el llamado Desastre del 98 y a lo largo de los difíciles primeros años del siglo XX, la idea de una dictadura militar salvadora para regenerar y organizar el país no deja en ningún momento de estar presente en las mentalidades intelectuales y militares¹⁹.

La idea de Joaquín Costa sobre una dictadura que sirva para la regeneración liberal del país, fue asumida por Primo de Rivera (1923-1930). Dictadura regeneracionista que podría servir de instrumento para resolver los problemas internos de España.

Al comienzo de la Dictadura²⁰ no fueron pocos los intelectuales liberales que la tomaron con cierta benevolencia, pero hubo otros que la vieron como intervención por parte de los militares y el Rey, en la política del país para oprimir el liberalismo y la inteligencia y apoyar el clericalismo (Fox, 1997).

Durante este comienzo de siglo, la imagen estereotipada de España estaba siendo fomentada por el gobierno. Será al final de la dictadura de Primo de Rivera, cuando parte de los intelectuales, por mucho que detestaran al dictador, se sumaran a la tarea nacionalizadora. Rompieron con una tradición de siglos y comenzaron a hacer pública su afición al flamenco y los toros, ayudando al gobierno a forjar esta imagen de pandereta. Esta aceptación del estereotipo romántico y orientalista del País por parte de los intelectuales españoles era paralela a una reivindicación neorromántica del exterior (Álvarez Junco, 2001).

La perduración de la imagen de la España tradicional y típica, a lo largo del siglo XX, es clara, impregnando gran parte de la producción literaria y artística, sin olvidar dentro de este mismo período un numeroso grupo de películas y canciones que tienen por objeto el mundo andaluz o, más bien, una determinada perspectiva y forma de entender lo andaluz, que es heredera de la época anterior (Álvarez Barrientos, 1998).

Por otra parte, durante estas primeras décadas del siglo XX, las vanguardias en España se dedicaron a experimentar y a destruir, pues su característica primordial era innovar o liberar la cantidad de reglas y estamentos que ya estaban establecidos por los movimientos anteriores; por eso se dice que la única regla del vanguardismo era no respetar ninguna regla, algo totalmente opuesto a los gustos populares españoles.

¹⁹ Las consecuencias políticas, económicas y sociales inmediatas de aquellas pérdidas fueron tan importantes como la crisis de conciencia. «Para empezar, en el terreno internacional, la valoración de España como potencia descendió a mínimos históricos y, más importante aún que la repercusión internacional, fue en el terreno interno, donde la sensación en la clase media nacionalizada era de pesimismo, sintiendo que la guerra de Cuba y Filipinas habían demostrado el desastre en que se encontraba España» (Álvarez Junco, 2001).

²⁰ La Dictadura fue capaz de estabilizar la situación política durante un largo periodo, pero a finales de la Dictadura se produjo una crisis política que desprestigió al rey Alfonso XIII y allanó el camino a la II República. Una Dictadura regeneracionista: "poner España en orden" para devolverla después a manos civiles.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

Al mismo tiempo, algunos hombres de la Generación del 27 sienten la atracción por lo popular, será *Federico García Lorca* el que lo aportará al neopopularismo²¹. El neopopularismo de Lorca opera sobre una cultura popular mucho más heterogénea donde la tradicionalidad está en «visa de retroceso». Lorca escoge lo gitano como lo verdaderamente popular, lo que sigue gustando al pueblo pero que en realidad no lo representa, el último reducto del casticismo. También escoge con preferencia la dimensión trágica en sus obras, como los del 98, que no es la preferencia del casticismo popular. Sin embargo, lo de Lorca prende en la gente (Pérez-Bustamante, 1992).

Podemos observar como en este comienzo de siglo las Vanguardias, con la mayoría de sus ismos, no terminan de cuajar en la sensibilidad y deseo popular español. En sentido opuesto podríamos pensar en el casticismo como el primer ismo de la «subcultura» contemporánea, con la diferencia de que éste sí resultó y perduró en el pueblo. De tal modo que Lorca al volver su mirada literaria a lo popular, esta vez con vista dramática y tintes de denuncia social, se convertirá en el mayor exponente de un nuevo casticismo.

Recordemos que desde mitad del siglo XIX se inician los conflictos sociales y políticos, que estarán muy vinculados a la cuestión agraria, convirtiéndose en temas prioritarios para muchos andaluces militantes de la causa social (espíritu crítico de denuncia social). Por ello, cuando se vuelva a emprender el nuevo viaje andaluz, esta vez, será con lente realista y enfoque social, la Andalucía trágica, negra o roja, de la que estos intelectuales quieren dar testimonio. Por tanto, nos hallamos ante una Andalucía que sirvió de escenario para ambientar a las más diversas obras y evocaciones, desde las más alegres y rosadas a las más trágicas y negras. Empero esa manera de concebir el mundo andaluz no dejaba de irritar a aquellos que no estaban conformes con la parcialidad de una selección de la vida andaluza. Por eso, la herencia ilustrada recogida por algunos escritores poseían una visión más problemática del mundo social. Esto queda fielmente recogido en las siguientes líneas:

«Los escritores del romanticismo crearon una imagen a la vez exótica y castiza de Andalucía. Hacia finales del XIX y favorecida por el auge de la cuestión social, surgió otra manera de percibir la realidad andaluza que ponía el énfasis en su atraso secular, lo que provocó la miseria que trágicamente padecía el campesinado. Dicha visión menos idealista y más ajustada al tiempo histórico, desató una nueva peregrinación literaria, que distaba de ser el paraíso soñado por los románticos» (González Troyano, 2003).

Sin duda, «El andalucismo²² sobado y remanido que llegaba desde el siglo XIX necesitaba una poda, una depuración y renovación». Después de una reiterada y larga mirada, el tópico andaluz requería una nueva visión dándole la vuelta al objeto, viendo su revés o invirtiendo los términos. Pero

²¹ Fue un movimiento fundamentalmente andaluz, lo cultivaron diversos hombres de la Generación del 27, especialmente Federico García Lorca y Rafael Alberti. Esta corriente poética surgió como una reacción contra la literatura modernista y vanguardista, consistía en la regresión a lo popular.

²² En concreto, en esta frase, se hace referencia exclusivamente a Andalucía, a pesar de que el término andalucismo haga también referencia a un fenómeno que se extendió por toda España coloreándola e identificándola con lo andaluz como lo *auténtico español*.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

ello no suponía renunciar al andalucismo como materia estética sino que se le volvía a modelar una y otra vez. Se trataba de buscar la verdadera, auténtica y real Andalucía alejada de la pandereta y los tópicos, de la postal para turistas, de la falsificada y sesgada para llegar a la real y verdadera, natural y honda. Pero lo cierto es que no hay escritor de temática andaluza que no incurra en el tópico para denunciar los tópicos que supuestamente deforman u ocultan la verdadera Andalucía (Baltanás, 2003).

En el siglo XX será el momento en el que la materia de Andalucía se transforma y cobre una energía distinta, convertida en motivación de un discurso político. Se produce un cambio de actitud, aquí ya los andaluces no son ni alegres ni graciosos, no son estereotipos gitanescos o flamenquistas, sino presos políticos, jornaleros, emigrantes, «desterrados de su tierra arcádica», rodeados de hambruna y pobreza. Frente a esta visión, la materia de Andalucía heredada de los escritores costumbristas del XIX, comienza a agotarse; pues su energía estética se irá apagando de manera definitiva, a la vez que su tónica se vuelve vulgar y solamente circulará en tonadilleras, cuplés, españoladas cinematográficas, souvenirs para turistas... (Baltanás, 2003).

Desde finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX se produce una simultánea visión de Andalucía, hallándonos ante la alegre y tónica, y la trágica y seria. Es decir, frente a la Andalucía colorista nos hallamos ante una Andalucía de luto, trágica. Sin duda nos podemos quedar con la acertada frase de Rubén Darío «Andalucía no es ni triste ni alegre, sino como cualquier paisaje, del color y tono de nuestro estado de ánimo».

Se puede observar esta nueva manera de entender la materia de Andalucía y lo andaluz - triste, negra, roja, trágica, hambrienta, alejada del idealismo y los tópicos- en diferentes intelectuales como: Leopoldo Alas Clarín en su obra *El hambre en Andalucía* (1882) y Azorín en su *Andalucía trágica* (1902), en donde el protagonista de sus escritos fue el campo andaluz, la tragedia del hambre, la miseria de los jornaleros y los conflictos que vive la gente que lo trabaja. Sin embargo, Manuel Chaves Nogales, en su libro *La ciudad* (1921), mata el viejo tópico para resucitarlo renovado «nuestros patios son tristes...»; Ángel Ganivet para negar el tópico recurre también a la tristeza, pues verá la Alhambra como un monumento lleno de amargura no de alegría; Villaespesa al igual que Juan Ramón Jiménez consideran que la verdadera Andalucía es triste bajo la capa de la superficial alegría, rechazando la Andalucía alegre, les parecía falsa y convencional; González Anaya tiene el mérito de dar del Sur de España una imagen verdadera, opuesta a la Andalucía de pandereta, expresando una conciencia aguda de la identidad andaluza²³.

Por tanto, Andalucía en los siglos XIX-XX se convertirá en un lugar común, a donde todo el mundo puede acudir en busca de argumentos y temas. Un lugar común que a su vez encierra muchos otros lugares comunes reinterpretados y reactualizados. No es que Andalucía exporte o importe tópicos, es que ella misma, en cuanto materia artística, es un espacio tópico, un lugar común (Baltanás, 2003).

²³ Extraído de *La materia de Andalucía* (2003) de Enrique Baltanás y *Andalucía: cinco miradas críticas y una divagación* (2003) de Alberto González Troyano.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

«La situación económica, social y política de Andalucía a principios del siglo XX era trágica. Se trataba de una Andalucía que agonizaba, que se moría literalmente de tuberculosis causada por el hambre, la de los labriegos de salario escaso y paro estacional (duraban la mitad del año), la de los caciques, engendradores de insolidaridad y de odio. La rica, ubérrima, espléndida Andalucía ha venido a ser, en muchas de sus comarcas, en algunos estratos de su sociedad, muy pobre. La epidemia de filoxera que destruyó los viñedos andaluces a fines del siglo XIX fue un golpe tremendo que introdujo la crisis en forma aguda, y con ella una perturbación constante; Andalucía fue desde entonces una sociedad afectada en amplias zonas de empobrecimiento, miserias y el descontento. La desigualdad española alcanzó en Andalucía caracteres dramáticos» (Arias Solís, 2007).

Andalucía jugó y sufrió un papel contradictorio durante los años de la dictadura franquista. La cultura popular española, promovida por el régimen en películas y tablados, estaba lleno de elementos folclóricos andaluces, hasta el punto de que el Sur pareció situarse en el centro de la fiesta patriótica²⁴. Sin embargo, la realidad económica de la España nacida con la Guerra Civil impuso a Andalucía unas condiciones de extrema dureza, mucho más represivas y angustiosas (García Montero, 2007).

Si volvemos la mirada al comienzo de este apartado, recordaremos que el estereotipo de España como un país exótico, que conservaba sus costumbres y tradiciones incontaminadas por la modernización a diferencia del resto de los países europeos modernos. Esta imagen reiterada fue extendido por los viajeros extranjeros románticos y los escritores casticistas autóctonos, llegando a convertirse en un tópico, que continuó explotándose en la época del desarrollo turístico, 1960, con el *slogan Spain is different*. Por tanto, podemos afirmar que el «pasto castizo» se ha ido renovando, desde el siglo XIX hasta la actualidad.

Este desarrollismo turístico de los años 60, que no es sino una prolongación de la moda del *Grand Tour* del siglo XVIII, genera ahora un casticismo rentable, que más que representar la identidad, era -y es- un negocio que sale barato, pues el capital a invertir lo ofrece el propio país por definición y el ingenio de la propia persona. Por tanto, el casticismo va quedando cada vez más como un producto de escenario, como espectáculo, cuya evolución va desde la españolada de gitanos y folklóricas desgraciadas, en los años 30, «a los catetos obnubilados por las suecas en bikinis», a la de la gran familia urbana, la Sor Citroen (monja castiza moderna) y la niña Marisol. Por lo que lo popular se va haciendo cada vez menos tradicional y menos castizo.

Los intelectuales del 68 aprenden a compaginar lo autóctono más diferencial con lo progresista. No es que resurja el casticismo, pero sí vuelven a ponerse en circulación algunos elementos de procedencia castiza. Puesto que, lo castizo, como todo en la vida social, se mueve por modas, entonces no es permanente sino cambiante, como la sociedad misma. Se trataría de una dinámica entre la tradición y la novedad. De modo que, los gustos populares han cambiado con el tiempo porque el pueblo no sólo es ideológicamente diverso sino también multigeneracional (Pérez-Bustamante y Espín Templado, 1992).

²⁴ Este mimetismo extra regional de Andalucía, como hemos visto en las páginas anteriores del presente proyecto, ya se venía dando durante todo el siglo XIX.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

Tras este condensado repaso de los aspectos más relevantes de las lecturas realizadas durante este periodo de investigación tutelada, sólo cabe señalar que la recuperación en los último años de ciertos hábitos y costumbres podría producir un «cierto azoramiento intelectual» como en otras ocasiones a ocurrido.

Nos ha parecido interesante escoger para dar fin a este apartado las palabras de Pérez-Bustamante: «El casticismo responde a una cultura tradicional, pre-burguesa, que ya no volverá a ser, por lo que hoy día sólo quedan restos, y como el casticismo es un sistema, no se puede volver a hablar en puridad de casticismo. Lo que hoy tenemos del casticismo son los tablones de un barco naufragado reciclados en el barco de nuestros propios defectos y virtudes» (1992, 162).

4. PROPUESTA DE TRABAJO (APLICACIÓN DIDÁCTICA)

Los contenidos de este estudio se prestan a ser adaptados al currículo de Bachillerato en las materias de Historia de España y Literatura Castellana como establece el Real Decreto 1467/2007 (enseñanzas mínimas) y el Decreto 416/2008 (enseñanza de Bachillerato en Andalucía).

El artículo aquí redactado busca poder ser utilizado como material dentro del aula, con el fin de dar a conocer “la cara y la cruz” de los estereotipos y los prejuicios que conllevan. Del mismo modo, se pretende enseñar los acontecimientos históricos de máxima relevancia para la historia contemporánea de España y los literatos más trascendentes de la época como las vías para la conformación de la identidad española.

La idea principal de este estudio es deconstruir mitos identitarios que se han forjado con el paso de los siglos y que hoy día ya no son válidos.

Para que el alumno/a adquiera un aprendizaje significativo del tema debe:

1. Estudiar el contexto socio-político y cultural de la Historia de España Contemporánea: siglos XIX y XX.
2. Diferenciar los conceptos de: tópico, estereotipo, castizo, arquetipo...
3. Manejar fuentes escritas y recursos tecnológicos (internet...).

Sin duda, el razonamiento, asimilación y comprensión del tema dependerá fundamentalmente del grado de madurez que presente el alumno/a. Ello puede ser comprobado mediante la realización de diferentes actividades en el aula como:

1. Debates: sirviéndonos para la reflexión, discusión, crítica y conocimiento del tema mediante el diálogo.
2. Pruebas objetivas: semejantes a las de selectividad (comentario de texto).
3. Actividades de investigación: buscar información sobre algún tema concreto bien vía internet o en soporte papel.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 28 – MARZO DE 2010

5. BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ BARRIETOS, J. (1998): *Costumbrismo andaluz*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

ÁLVAREZ JUNCO, J. (2001): *Mater dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus Ed.

BALTANÁS, E. (2003). *La materia de Andalucía. El ciclo andaluz en las letras de los siglos XIX y XX*. Sevilla: Fundación José de Larra

ESTÉBANEZ CALDERÓN, S. (2006): *Escenas andaluzas*. Sevilla: edición de Carmen Blanes, Fundación José Manuel Lara.

GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A (2002). *Lo moro: las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Barcelona: Anthropos Editorial.

- *La fábrica de los estereotipos: Francia, nosotros y la europeidad*. Madrid: Abada Editores.

GONZÁLEZ TROYANO, A. (2003). *Andalucía: cinco miradas críticas y una divagación*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

- (1985): «El costumbrismo decimonónico». *Escenas andaluzas*. Madrid: Cátedra.

- (1988): *El torero héroe literario*. Madrid: Espasa-Calpe.

INMAN FOX, E. (1997). *La invención de España: Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra.

PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER, A.S. y ROMERO FERRERO, A. (1992). *Casticismo y literatura en España*. Cádiz: Universidad de Cádiz.

STALLAERT, Ch. (1996): *Etnogénesis y etnicidad en España: Una aproximación histórico-antropológica al casticismo*. Barcelona: Proyecto A Ediciones.

STEINGRESS, G. y BALTANÁS, E. (1998): *Flamenco y nacionalismo: Aportaciones para una sociología política del flamenco*. Sevilla: Fundación Machado.

UCELAY DA CAL, M (1951): *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*. México: Colegio de México.

Autoría

- Nombre y Apellidos: Inmaculada Ruiz Ramírez
- Centro, localidad, provincia: Granada
- E-mail: inmaculada_ruiz_ramirez@hotmail.com